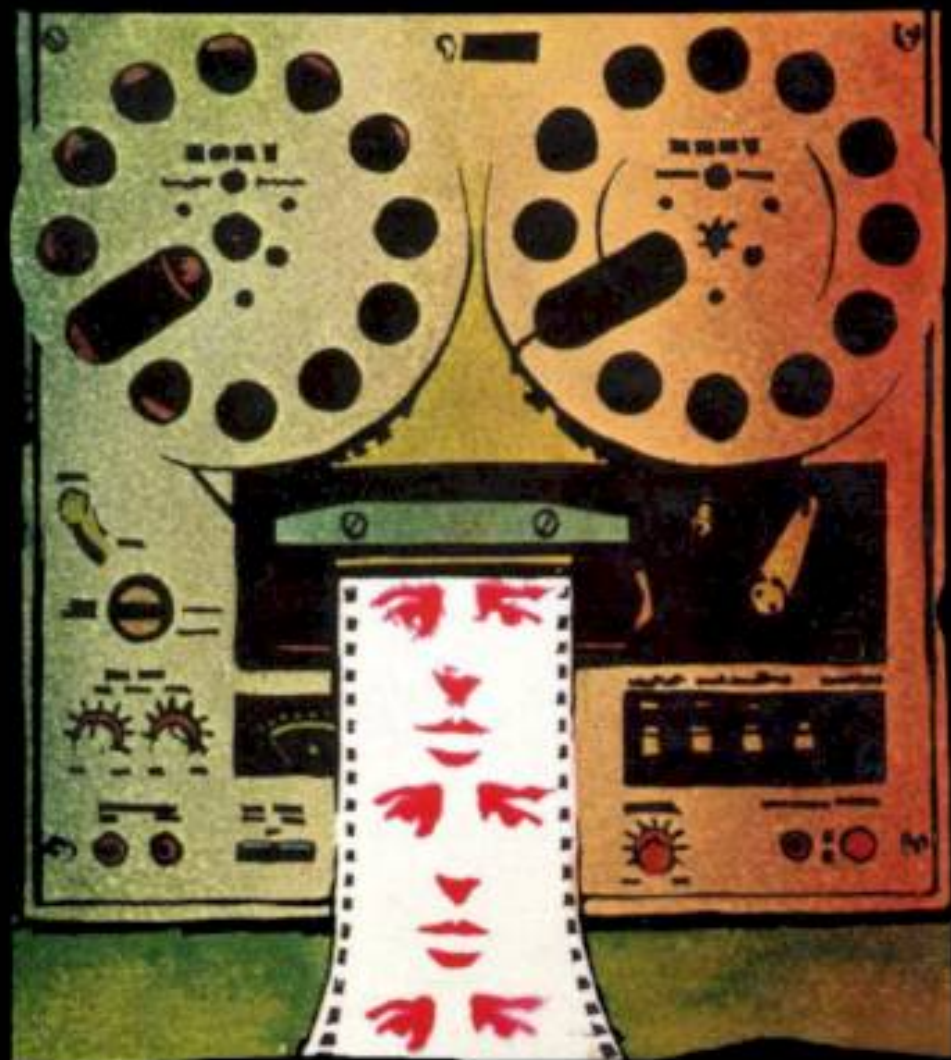


# COMPUTER CONNECTION

ALFRED BESTER



Hay que sobrevivir a una muerte horrible para convertirse en inmortal. Así se ha formado el Grupo. Proviene de todas las edades de la Tierra. No son dioses, ni santos, ni siquiera sabios. Simplemente, seres humanos que sobreviven era tras era, con toda la experiencia, la astucia y los conocimientos que proporcionan los siglos de existencia. Hasta que la llegada del último «reclutado» plantea un problema aparentemente insoluble...

Tras diecinueve años de silencio, el celebrado autor de *El hombre demolido* y *Las estrellas mi destino* nos ofrece una obra barroca, lúcida, picaresca, devastadora, cínica, tremendamente humana..., una obra que quedó finalista en la edición de los Premios Hugo, en 1976.

## 1

Me aparté de la Orilla de Bogue y seguí la Plataforma Continental, mientras el pogo periscopeaba siguiendo mi rastro. Infinitas llanuras de sal evocando las estepas de la Rusia Central (aquí, música de Borodin); montículos de sal donde la nueva raza de prospectores prospecta en busca de tierras raras; columnas de venenosos vapores en el horizonte oriental, allá donde las estaciones de bombeo vacían ligeramente el Atlántico extrayendo el deuterio para las transferencias de energía. La mayor parte de los combustibles fósiles han desaparecido; el nivel del mar ha descendido sesenta centímetros: el progreso.

Intentaba alcanzar el escondrijo de Herb Wells. Ha perfeccionado una técnica para el reciclaje del oro (arrinconado en nuestros días de dominio del plástico), y pasa su tiempo metiendo toneladas de lingotes en el pasado con un demencial trasto del tiempo que le ha valido en el Grupo el apodo de H. G. Wells. Herb se dedica a hacer regalos en oro a personajes tales como Van Gogh o Mozart, a los que intenta mantener sanos y sabios a fin de que produzcan otras inestimables obras maestras para la posteridad. Hasta el presente la cosa no ha funcionado. Nada de *Los hijos de Don Giovanni*. Nada de *Don Juan contra Drácula*.

Siguiendo la jerga de los indicadores de dirección que Herb ha dispuesto para el Grupo, me hundí bajo un montículo y me abrí paso entre las sales, absorbiendo los NaCl, MgCl<sub>2</sub>, MgSO<sub>4</sub>, calcio, potasio, bromuros y probablemente rastros del oro de Herb, que me reclamaría inmediatamente si lo supiera. Emergí ante la entrada del búnker. Cerrada,

por supuesto. Tamborileé su superficie mientras el pogo se agitaba y vibraba sobre mi, y eran las seis menos dos y terminarían atrapándome si Herb no me oía, pero me oyó.

—¿Quién dat? ¿Quién dat? —dijo en espanglés negro.

—Soy yo, Guig —grité en inglés del siglo XX. Ésta es la jerga secreta que utilizamos los del Grupo—. Tengo problemas. Déjame entrar.

El panel de la entrada basculó, y me vi proyectado al interior.

—Cierra, Herb. Puede que los polis me hayan visto.

Hizo que el panel se cerrara y congeló los controles.

—¿Qué demonios has hecho esta vez, Guig?

—Lo de siempre. Me he cargado a otro tipo.

—¿Y los polis te siguen por un asesinato? Me estás tomando el pelo.

—Se trataba del gobernador del Corredor.

—Oh. No tendrías que cargarte a la gente importante, Guig. Ellos no comprenden esto.

—Lo sé, pero son los únicos candidatos que vale la pena liquidar.

—¿Cuántos fallos has tenido hasta ahora?

—He perdido la cuenta.

—Y ningún éxito. —Herb meditó—. Quizá será mejor que nos sentemos y charlemos un rato. Primera pregunta: ¿se trata de un problema de perplejidad o de complejidad? A mi modo de ver...

El panel de la entrada vibró.

—Ahí están los dos patas —dije sin alegría—. ¿Puedes enviarme a algún cuándo con tu trasto, Herb?

—Pero si siempre te has negado a hacer el viaje —dijo, echándome una triste mirada—. Y esto ha herido mucho mis sentimientos.

—Tengo que desaparecer durante algunas horas. Si no me encuentran aquí te causarán menos problemas. Perdona por lo de la máquina, Herb, pero ese trasto siempre me ha dado repeluznos. Como a todo el resto del Grupo.

—A mi también. Sígueme.

Fui con él hasta la Cámara de los Horrores, y me senté en su loca máquina, que se parecía a una mantis religiosa que estuviera rezando. Herb me tendió un lingote.

—Precisamente tenía necesidad de darle esto a Thomas Chatterton. Entrégaselo de mi parte.

—¿A Chatterton? ¿El niño poeta?

—En carne y huesos. Se suicidó en 1770, y todos lo lamentaron. Arsénico. Estaba corto de dinero y de esperanzas. Ve a Londres. Vive en alguna buhardilla de Brook Street. ¿Comprendido?

—Ni la lluvia, ni la nieve, ni la desesperanza...

—Regularé el aparato para tres horas. Esto tiene que darte tiempo de sobra. Te enviaré a un lugar conocido desde donde puedas orientarte. Pero no te alejes demasiado, o la máquina no podrá recuperarte.

El aporreamiento en el panel de entrada aumentó en frecuencia e intensidad. Herb hizo no sé qué cosas con botones y controles, hubo un ruido de energía riéndose (nunca paga las facturas), y me encontré sentado bajo la lluvia, en medio de un charco de fango, mientras un tipo que se parecía a Jorge Washington montado sobre un caballo castaño me esquivaba a duras penas y me llenaba de improperios por ocupar la vía pública.

Me levanté y me aparté reculando, y de repente algo me golpeó la sesera. Me giré con un sobresalto. Era un ahorcado de desorbitados ojos balanceándose al extremo de su cuerda.

Herb me había enviado realmente a un lugar conocido... Tyburn. Hacía años que no había vuelto a Londres (podrido por los residuos radiactivos), y realmente no en 1770, pero esto me permitió orientarme. Tyburn se había convertido más tarde en Marble Arch. Estaba en los arrabales del Londres del siglo dieciocho. Bayswater Road aún no existía. Y tampoco Hyde Park. Tan sólo campos, árboles,

praderas, y el pequeño río Tyburn con sus meandros. La ciudad estaba a mi izquierda.

Tomé un camino que más tarde se convertiría en Park Lane, y giré a la izquierda hacia la línea de casas. Empezaban a ser más numerosas y estaban más juntas cuando llegué a un prado de vacas que más tarde se llamaría Grosvenor Square. Allí estaba el mercado del sábado por la tarde. Las carretas y tenderetes se amontonaban por centenares, iluminados con antorchas y lámparas de aceite y alguna que otra humilde vela. Se oían los gritos de los vendedores: «¡Ocho por un penique!», «¡Magníficas peras!», «¡Castañas calentitas! ¡Un puñado por un penique!», «¡Vean qué hermosos caracoles! ¡A penique el lote», «¡Nueces finas! ¡A penique la libra!». Tenía hambre, pero no llevaba ni un penique encima. Tan sólo un kilo de oro refinado.

Recordé que la Brook Street comenzaba al norte de Grosvenor Square. Tomé aquella dirección, intentando informarme acerca de un escritor llamado Chatterton. Nadie había oído hablar de él. Finalmente tropecé con una Librería Ambulante donde se exhibían publicaciones tales como «La vida secreta de un verdugo», «Los secretos del Soho», «La sirvienta infiel» y cosas así. El hombre me dijo que conocía a Chatterton. El chico le componía poemas para canciones a chelín la pieza. Me señaló donde estaba su casa, que parecía a punto de caerse en ruinas.

Subí las destartadas escaleras con la impresión de que iba a caer por el hueco que se abriría a cada peldaño que pisaba, y penetré en la buhardilla gritando:

—¡Oro! ¡Oro! ¡Oro! ¡Brillante y amarillo, duro y frío! (Thomas Hood, 1799-1845).

El muchacho estaba retorciéndose en un camastro, en los últimos espasmos del envenenamiento por arsénico. Ajá, me dije. Se está muriendo. Sabe que se está muriendo. Si consigo salvarlo, quizá el Grupo gane un nuevo Homol.

Actué lo mejor que pude. Lo primero es hacerles vomitar. Oriné en un vaso y se lo hice tragar. Ninguna reacción.

Demasiado tarde. Bajé al piso de abajo y aporreé la puerta como un loco. Me abrió la abuela de Betsy Ross, con aire ceñudo. La aparté a un lado, vi una jarra de leche, la tomé, y de paso cogí un puñado de carbón de la apagada chimenea. La mujer inspiró profundamente para echarse a gritar. Subí de nuevo al piso de arriba. Carbón y leche. Nada. Se había ido, era lamentable, ¿y qué iba a hacer yo con 24 onzas (peso troy) de oro que deformaban el bolsillo de mi overol?

Bueno, lo único que podía hacer era matar el tiempo mientras esperaba a que la Mantis abriera de nuevo sus mandíbulas y me tragara. Salí a dar una vuelta bajo la lluvia. En la Fleet Street decidí meterme en un tugurio llamado *The Cheshire Cheese* para ver si podía convencer al tabernero de cambiar mi lingote por algo de beber y quizá un rincón cerca del fuego donde secarme, que en aquel momento estaba ocupado por un cachalote asmático y un tiburón de dulzona sonrisa: el Gran Cham y Boswell.

—¿Qué haría usted, señor —estaba diciendo el tiburón— si se hallara encerrado de pronto en un torreón con un recién nacido? El cachalote resopló y gruñó, pero antes de que pudiera responder a aquella monumental pregunta fui engullido por la máquina, cuyos circuitos, ante la gran desesperación de Herb, hice saltar.

—¡SalSalSalSal! —gimió—. Se han ido.

Salí.

—¿Por qué no le has dado el oro a Thomas?

—Demasiado tarde. Cuando llegué ya se había ido.

—Oh, maldita sea.

—Inténtalo otra vez. Un poco antes.

—No puedo. Esa cochina cosa se niega a viajar dos veces a la misma década. A decir verdad, Guig, creo que es una mierda de máquina.

Quizá era por esto por lo que su programa de Salud, Educación y Bienestar no llegó a funcionar nunca. Le di a Herb las gracias, siempre en el inglés siglo XX del Grupo, y

regresé a Spangland, la Gema del Océano. Ya sé que todo esto suena algo así como lunático, pero el redactar estas notas me produce dolor de cabeza. Tengo que traducirlo todo a partir del espanglés negro —Benny Días, gemmum, ah gone esplain any pagunta you ax—, que es el lenguaje oficial del país. La cosa funciona así: Espanglés, Inglés XXº, Lenguaje Máquina. Es malditamente complicado, sobre todo cuando uno tiene que compilar siglos de recuerdos. Así que les pido disculpas si alguna vez desbarro. Lo cual no puedo hacer con mi maldito diario. Cuántas veces, mientras compilaba datos para él, me ha respondido con un seco: «090 — NO LEIDO», lo cual en lenguaje máquina significa algo así como: «No puedo comprender una maldita cosa de lo que me estás diciendo».

Todos nosotros tenemos estos problemas. No para recordar —nuestros recuerdos se pegan a nosotros como las pintadas a una pared— sino para situar de nuevo los acontecimientos en su orden adecuado. Debo compilar notas y crónicas porque todo esto me preocupa. Soy el bebé del Grupo. Intento todavía entrenarme para desarrollar un sistema orgánico de clasificación. A menudo me he preguntado cómo lo consigue Sam Pepys. Es el historiador y cronista del Grupo, y ha intentado explicarme el Sistema. Para Sam es perfectamente sencillo, y funciona así:  $A \frac{1}{4} + (\frac{1}{2}B)^2 =$  El desayuno que comí el 16 de setiembre de 1936 a la salud de Sam.

Yo estoy aquí tan sólo desde la erupción del Krakatoa en 1883. Todos los demás son veteranos a mi lado. El Beau Brummel sobrevivió al terremoto de Calcuta en 1737, que causó 300.000 muertos. A menudo dice que en aquella época nadie quería creer en tales cifras, y eso era debido a que a los blancos les importaba un pimiento cuántos negros sin censar habían muerto. Estoy completamente de acuerdo con él en eso. El... Oh, pero será mejor que antes les explique algo acerca de nuestros nombres.



Los nombres célebres que utilizamos no son nuestros verdaderos nombres. Tenemos que movernos y cambiar de nombre tantas veces y tan a menudo —los Efímeros empiezan a hacerse pronto preguntas sobre nosotros— que nadie podría recordarlos. Así que en el seno del Grupo utilizamos nuestros apodos, y los tomamos de personajes reales. Casi todos ellos reflejan nuestros intereses y nuestras pequeñas manías. Ya he mencionado a H. G. Wells y su trasto del tiempo. Está también Tosca, una actriz tipo; Beau, el epítome de la hermosura; Sam Pepys, el historiador; el Sindicato Griego, nuestro financiero; Betsabé, la femme fatale; undso weiter. Yo soy el Granó Guígnolabreviadamente Guig, y no me gusta. No veo qué hay de gran guíñol en mí. Sinceramente, siempre he intentado hacer el bien. A través del horror, es cierto, pero es un precio muy pequeño a cambio de lo que ofrezco. ¿Quién no estaría dispuesto a pagar una hora de agonía a cambio de la vida eterna?

Acerca de nuestras edades: Oliver Cromwell fue enterrado vivo en una gran fosa común en la época de la Gran Peste, y todavía prefiere no hablar nunca de ello. Dice que una muerte por asfixia es algo que vale más olvidar para siempre. Canción Perfumada escapó a los mongoles durante el saqueo de Tien-tsin, cuando formaron una pirámide con cien mil cabezas cortadas. Su descripción deja a Dachau convertido en un pícnic. Jonás se encontró sin saber cómo, porque era un pacifista, dirigiendo la defensa de una de las puertas de Jerusalén durante el ataque de las tropas de Tito.

Hay aún muchos más, que ya irán conociendo ustedes más tarde. El más viejo de todos, y de lejos, es Hic-Haec-Hoc. Lo llamamos así porque esto es más o menos todo lo que sabe decir. Nunca ha conseguido aprender ninguna lengua, pero consigue captar los signos más sencillos. Imaginamos que viene de finales del pleistoceno o de principios del holoceno, y que tuvo que ser cargado por un cataclismo lo suficientemente dramático como para volver

consciente a un neanderthal. ¿Quién sabe? Quizá recibió un meteoro en pleno rostro, o fue pisoteado por un Mastodonte Peludo.

Estos últimos días no vemos mucho a Hic-Haec-Hoc; la gente le da miedo, y constantemente está retirándose a los límites de la civilización. Nos preguntábamos cómo se las iba a arreglar para adaptarse a la explosión demográfica, pero la explosión espacial resolvió el problema. Probablemente ahora esté enterrándose en lo más profundo de un cráter de Marte, Madre de los Hombres; un Homol puede vivir de cualquier cosa, excepto de nada. Sam Pepys, que lleva la crónica de todos nosotros, pretende que la leyenda del Abominable Hombre de las Nieves nació precisamente cuando Hic-Haec-Hoc fue visto un par de veces vagabundeando por las cumbres del Himalaya.

He utilizado el término «cargado» para referirme a nuestra inmortalidad. Hoy le llamarían más bien «irradiación nerviosa». Por lo que he investigado, todos nosotros nos hemos visto sometidos a traumas del mismo tipo, que han destruido o anulado las secreciones letales que condicionan el envejecimiento y la muerte. Si las células de uno acumulan estas secreciones letales, uno no permanece para siempre en este mundo. Hasta ahora, todas las criaturas han recibido en su nacimiento este metabolismo suicida. Para la naturaleza se trata sin lugar a dudas de una forma de borrar lo hecho y comenzar de nuevo, esperando hacerlo un poco mejor. Soy intensamente antropomorfista, y puedo concebir a la naturaleza sintiéndose desanimada y bajando el telón en medio mismo de la representación.

Pero nuestro Grupo ha probado que la muerte no es una calamidad inevitable. Naturalmente, lo hemos aprendido a través del peor camino. Cada uno de nosotros sabía que iba a morir, y recibió un shock psicogalvánico que aniquiló las secreciones letales de sus células para transformarlo en un Hombre Molecular, Homol para abreviar. Más tarde explicaré esto. Es una especie de perfeccionamiento de la

teoría de los «Catastrofismos» de Cuvier sobre la evolución. Para el caso de que ustedes lo hubieran olvidado, les diré que Cuvier supone que catástrofes periódicas destruyen toda la vida y que el Creador comienza de nuevo su tarea cada vez a un nivel más elevado. Naturalmente, Cuvier estaba equivocado en lo que se refiere al Creador, pero lo que si es cierto es que las catástrofes modifican a las criaturas.

Tal como se describe en cada caso (excepto en el de Hic-Haec-Hoc, que no puede describir absolutamente nada), las circunstancias han sido casi idénticas. Todos nosotros fuimos atrapados por alguna catástrofe, natural o producida por el hombre, que no nos dejó ninguna posibilidad de sobrevivir; lo sabíamos muy bien; al borde de la extinción, una descarga psicogalvánica nos recorrió; luego se produjo un milagro en el momento mismo en que la muerte iba a apoderarse de nosotros; y nos hallamos unidos al Grupo para siempre. Las posibilidades de que una tal conjunción de elementos se produzca son infinitamente pequeñas, pero el Sindicato Griego afirma que incluso la menor posibilidad debe producirse tarde o temprano. El Griego sabe lo que se dice. Es un apostador profesional desde la época en que Aristóteles lo echó a patadas en el trasero del Instituto Peripatético de Atenas.

Jonás nos describe a menudo la terrible impresión de la muerte que sintió en la muralla cuando finalmente llegó a la conclusión de que no iba a ser salvado in extremis por los Marines del ejército de los Estados Unidos. Luego se pregunta por qué no les ocurrió lo mismo a los demás que estaban con él.

—Sencillamente porque ellos no eran epilépticos, Jonás —no hago más que decirle.

—Oh, cállate ya —responde siempre—. Estás obsesionado por esa idea de la epilepsia, Guig.

Quizá tenga razón. Es cierto, estoy obsesionado por la idea de que todo nuestro Grupo está predispuesto a la epilepsia, y que existe una relación histórica entre la epilepsia

y el único. Yo mismo sufro de ella, y cuando el aura me toca siento que puedo abrazar el universo. Es por eso por lo que gritamos y sufrimos espasmos; es demasiado magnífico para que el microcosmos lo soporte. He aprendido a reconocer al tipo epiléptico, y cuando encuentro a uno (o a una), intento reclutarlo para el Grupo matándolo de una forma horrible. Es por eso por lo que me llaman Grand Guignol. Betsabé me envía siempre una tarjeta de Navidad que representa la Virgen de Hierro.

Eso no es gentil por su parte. Si mato y torturo es tan sólo con un motivo loable, y quizá si les describo mi propia experiencia de la muerte comprendan ustedes mis razones. En 1883, yo era agente exportador en Krakatoa, una de las islas volcánicas del estrecho de la Sonda. Krakatoa estaba considerada oficialmente como deshabitada, y ahí está todo el lío. Yo había sido establecido allá secretamente por una firma de San Francisco que intentaba cortocircuitar el monopolio holandés del comercio. ¿Se decía «cortocircuitar» en aquella época? Esperen un momento. Se lo preguntaré a mi maldito diario.

TERMINAL. ¿PREPARADO?

PREPARADO. ENTRE NUMERO PROGRAMA.  
MA.

001

LENGUAJE PROGRAMA CARGADO.

POSIC. + NOMBRE. EMPIEZA CUENTA  
2000 N. P.

LENGUAJE PROGRAMA TERMINADO.

MCS; IMPRESO. W. H. FIN.

NO.

Bueno, ahí está. Por aquel entonces no se decía «cortocircuitar», y feliz cumpleaños a IBM. Sólo un idiota podía

aceptar un trabajo como aquél, pero yo era un chaval de veinte años intoxicado por la Mística del Descubrimiento y loco por crearme un nombre por mis propios medios. Grandes titulares: ¡NED CURZON DESCUBRE EL POLO NORTE! Como si alguien lo hubiera perdido. O bien: Ned Curzon, el explorador del Africa. «El doctor Livingstone, supongo». Tan sólo M'bantu dice que Stanley nunca pronunció estas palabras, y creo a M'bantu. Él estaba allá, con un furdo sobre la cabeza. ¿Furdo? ¿Fardo? McBee estaba allá con una caja llena de chucherías sobre la cabeza.

Estaba solo en la isla con mi almacén de bambú y un terrier como única compañía, pero la gente del lugar venía navegando hasta mí para comerciar. Pedían las cosas más peregrinas y ofrecían las cosas más peregrinas a cambio, incluidas sus mujeres, que se metían en la cama de un solo salto por una botella de whisky adulterado. ¡Ah, aquellas fabulosas bellezas tropicales inmortalizadas por Stanley! No Sir Henry Morton Stanley de Africa; Darryl F. Stanley de Hollywood. Su piel estaba cocodrileada con cicatrices rituales, y crujían bajo uno ante sus embates, mostrando sus dientes ennegrecidos por la nuez de betel. Al diablo Dorothy Lamour.

Los indígenas sabían que el monte Rakata de Krakatoa era un volcán en actividad, pero era tan pequeño comparado con las enormidades de Java y de Sumatra que esto no les impedía venir a visitarme. De tanto en tanto, Rakata se irritaba y escupía un poco de lava, pero esto no preocupaba a nadie. También se producían algunas sacudidas sísmicas, tan débiles que apenas las distinguía del ruido del mar. Ni siquiera el imbécil de mi perro tuvo la decencia de alarmarse. Ya saben, el fiel amigo del hombre previene siempre a su amo de la amenaza invisible.

La gran explosión se produjo el 26 de agosto, y no puedo decir que no hubiera sido advertido. El día anterior, el viejo Markoloua navegó hasta mí con sus hombres y mujeres jóvenes, trayendo un cargamento de pepinos de mar,

que aborrezco, pero que a los Incrustables les vuelven locos. Cocinan con ellos. Discutían acaloradamente entre sí. Cuando le pregunté a Markoloua lo que ocurría, me dijo que había demonios en las profundidades del mar; habían llegado a Krakatoa perseguidos por grandes bancos de peces. Me eché a reír, pero me arrastró hasta la orilla del agua y me lo mostró. ¡Era cierto! La playa estaba repleta de peces muertos, y cada ola traía consigo centenares más, que saltaban y se retorcían en el aire como si fueran perseguidos por el propio diablo.

Algunos años después le conté aquel fenómeno a un vulcanólogo de la estación del monte Etna. Me explicó que el calor producido al pie del Rakata debía haberse propagado por el fondo del océano, elevando de tal modo la temperatura que los peces, en su intento por escapar, habían terminado embarrancando en la playa. Pero en aquel momento yo pensé más bien en algún otro tipo de contaminación.

Markoloua se fue tras haber cambalacheado sus pepinos de mar contra diez (10) espejos de acero. A la mañana siguiente se produjeron las primeras erupciones, cuatro, una detrás de otra, y aquello fue el fin del mundo. Ni siquiera oía el ruido. Era demasiado fuerte. Lo capté como un bombardeo acústico que me hizo aullar. Toda la parte norte de la isla se levantó como un gigantesco hongo de lava. El cono principal del Rakata se hendió de arriba a abajo, mostrando su conducto central. El mar penetró en su interior, fue transformado instantáneamente en vapor, y provocó otra serie de explosiones que terminaron haciendo estallar el cono.

Yo estaba ensordecido por el ruido, cegado por el humo, asfixiado por los lívidos vapores, dolorido en todos mis sentidos. Cuando el gran río de lava llegó hasta mí, como un torrente hirviendo al rojo blanco, no sentí nada más excepto la horrible incredulidad de la muerte propagándose a través de todo mi cuerpo. *Sabía*. Sabía lo que nadie quiere

creer hasta el último instante. Sabía que estaba muriendo. Y así morí.

Ahora pienso que fueron las vibraciones de las explosiones las que produjeron el milagro. Hicieron estallar las lianas que sujetaban los bambús de mi almacén y retorcieron los troncos de tal modo que me aprisionaron en una especie de jaula como las de los pájaros, una masa de lianas y troncos retorcidos conmigo dentro, junto con otros restos de mil clases distintas, que los temblores debieron arrojar al océano. No me di cuenta de nada; no recobré el conocimiento hasta después de mi renacimiento, flotando en un cascarón de bambú sobre un mar lleno de despojos.

Krakatoa había desaparecido. Todo había desaparecido. Tan sólo se divisaban algunos ennegrecidos arrecifes emergiendo bajo enormes nubes de polvo volcánico. Durante cinco días permanecí en estado de shock, cinco días que me parecieron cinco eternidades, hasta que un cargo holandés me recogió. Estaban furiosos por la catástrofe, que les había retrasado tres días. Como si fuera culpa mía, como si todo hubiera ocurrido porque yo había jugado con una caja de cerillas o algo así. Ésta es la historia de mi muerte y del milagro que me salvó. Y eso fue lo que me convirtió en un Hombre Molecular.

El problema es que no resulta cómodo organizar una erupción, una epidemia de peste o la embestida de un mastodonte peludo cada vez que uno quiere reclutar a un inmortal, y es más difícil todavía intentar salvar milagrosamente a alguien de la catástrofe. Me las apaño bastante bien en mi papel de criminal sádico, pero cuando se trata de acudir al salvamento fracaso siempre, por mucho cuidado que ponga en la preparación de toda la operación. De acuerdo, tuve éxito con Sequoia, pero honradamente debo reconocer que el milagro fue accidental.

Jonás se muestra apenado cada vez que yo llamo a aquello un milagro. Ha pasado varios meses conmigo en Mexifornia y, cada vez que le repetía mis teorías acerca del